

Jonás 2:1-2, Una oración en la angustia.

Introducción: Cuando todos los marineros estaban asustados y gritando frenéticamente a sus ídolos para que los salvaran, buscando ayuda en quien no los podía ayudar, el siervo de Dios estaba durmiendo, sin darse cuenta o sin apercebirse de la tragedia que había venido sobre sus compañeros de viaje. Mientras unos religiosamente y llenos de pavor invocaban a los que no eran Dios para que los ayudara, Jonás no había emitido palabra alguna, oración alguna al único y verdadero Dios. Incluso cuando los marineros escucharon de su boca que era hebreo y temía al Dios de los cielos que hizo la tierra y el mar, éstos se llenaron de gran temor, pero Jonás no presenta signos de alerta ni de temor alguno. Todos buscaron cómo hacer para ser librados, pero Jonás declara que debe ser arrojado al mar para calmar la tormenta, pero no menciona que después de orar el Señor le mostró que eso era lo que debían hacer, no dijo que si se arrepentían todos y pedían perdón al Señor tal vez su misericordia les alcanzaría, solo declaró su sentencia, tal vez lleno de desesperanza, y tal vez huyendo definitivamente de la presencia de su Dios para siempre. Dios lo deja, y los marineros lo echan al mar, y al ver éstos que el mar se aquietó, tuvieron aún más temor y adoraron al Dios de Jonás, pero Jonás no oró antes de eso, no invocó a Dios antes de ser lanzado al agua, para él ya todo estaba acabado y no había esperanza alguna. No percibía que Dios lo estaba conduciendo a la confesión sincera de sus pecados y al arrepentimiento, hasta que por fin es lanzado al agua, y se desborda su angustia, que podíamos decir ya venía minando su vida desde antes aunque hubiera cayado, por cierto, la desobediencia, y el pecado no confesado a Dios angustia más que cualquier cosa, Sal. 32:2-4. Pero le llegó el tiempo de orar, Dios lo llevó a acercarse una vez más a su presencia, incluso habiendo sido lanzado al mar, Dios lo libró preparando una gran salvación por medio del pez que mando tragase a Jonás, y es allí cuando él ora y da gracias a su Señor y Dios. Vamos a meditar en esta oración de Jonás al Señor.

I. Al Dios del pacto

Nuestro capítulo dos inicia así: “Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez”, ¿a quién ora Jonás?, al Dios del pueblo al cual él dijo pertenecer (Jon. 1:9), al Dios del pacto, esto es lo primero a considerar, Jonás ora al Dios del Pacto. Es lo primero a considerar. Antes los marineros habían clamado a sus ídolos, luego de ver lo que sucedió por causa Jonás, ellos clamaron al Dios de Jonás (Jon. 1:14), y después de arrojar a Jonás al mar, esos hombres temieron y adoraron al Dios del pacto, aunque formalmente ellos no conocían esto. Ahora es el turno de Jonás de Orar al Dios del Pacto, a su Dios.

A. Al que ha hecho promesa de ser Su Dios

En Génesis 17:7 se consigna la promesa divina de ser el Dios de Abraham y de su descendencia para siempre. Y debemos notar que a pesar del fracaso del profeta, el amor de Dios por su pueblo sigue siendo el mismo, y a pesar de la indignidad de Jonás, la promesa de Dios sigue siendo firme, él es su Dios, y por lo tanto, Jonás puede acudir a su Dios en oración. Es interesante que Jonás en su desesperación encuentra misericordia y gracia para ser librado de la muerte, encuentra un momento propicio para orar, incluso en el lugar menos propicio a nuestro juicio, desde el vientre de un gran pez. El hombre que había tratado de escapar de Dios, es llevado a reconocer que es imposible tal cosa, y que es imposible que Dios deje de ser fiel a su promesa, que deje de ser fiel a su verdad, a su pacto, que deje de ser **su Dios**. Porque el Señor es YAVEH, o JEHOVÁ Dios, el Dios que vive y permanece para siempre como el gran yo soy, que está empeñado en salvar a su pueblo,

Ex. 3:14-15. Ahora Jonás también recuerda ese glorioso nombre, que muestra al que es desde la eternidad y hasta la eternidad, al que vive por los siglos de los siglos. Qué buena noticia respecto a la oración, nos acercamos a aquel que ha hecho promesa de ser nuestro Dios para siempre, la promesa de Abraham es para nosotros en Cristo, Gal. 3:7, 16. Jonás oró a su Dios, ¿a quién oras tú?, ¿al mismo Dios del pueblo que tiene promesa?, ¿conoces personalmente a ese Dios?, ¿conoces al que nunca deja de ser, y clamamos a él siempre, o solamente cuando estás en angustia?. Jonás comienza a orar a su Dios, contra el cual había pecado, pero también ora

B. Al único que puede librar

Ora y da gracias a Dios, y vemos la estructura de esta oración como un salmo de acción de gracias al Señor por su liberación. Ora demostrando su esperanza de liberación solamente en aquel que habita en lo alto y sublime, en aquel que hizo todo lo que existe, en aquel que sostiene todas las cosas, en el mismo que se relaciona personalmente con su pueblo, y cada uno de sus miembros en particular, tal como hizo con Abraham y su descendencia como vimos en Génesis 17. Esta oración es un cántico de liberación, porque solo Dios nos puede librar y solo Dios nos puede recrear con su gracia y llenar nuestros corazones de gozo y alegría, incluso en medio de la angustia, como experimentó en otro contexto el salmista David, Sal. 40:1-3, Sal. 138:7. Ese es el Dios al cual Jonás oró desde el vientre del pez, y muy seguramente después de salir de allí también, agradeciendo por su salvación. Qué triste es que seamos tan duros de corazón y tengamos que ser llevados a la angustia para poder entender que solo Dios nos puede librar, que sólo en él podemos tener verdadero gozo, real esperanza; y solo cuando todas nuestras fuerzas y recursos se agotan es que miramos a nuestro Dios, y “reclamamos” las promesas del pacto, como si las mereciéramos en manera alguna al haber violado el pacto con nuestros continuos pecados. Cristo nos enseñó que a diario debemos pedir al Señor su provisión, pero del mismo modo, a diario debemos pedir su liberación, esto es lo que nos enseña en el Padre nuestro, Mt. 6:11-13. No venceremos la tentación mañana si la gracia de Dios no nos sostiene, caeremos una y otra vez si dejamos de ver a Cristo como nuestra ayuda y nuestro escudo, no avanzaremos en nuestra vida espiritual si descuidamos nuestro santo deber de ofrecernos a Dios diariamente en sacrificio vivo, en una adoración racional, entregando todo nuestro ser a su cuidado, y poniendo todas las capacidades que él nos ha concedido a su servicio. Jonás fue llevado a orar,

C. Al que ha preparado de antemano salvación

La versión hebrea inicia esta sección con el verso 17 de nuestro capítulo uno, diciendo: *“Pero Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás; y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches”*, tal como estudiamos la semana pasada, enfatizando la gran liberación preparada por el Señor. Es a ese Dios que puede librar, que está empeñado en salvar a su pueblo, al cual tuvo que clamar Jonás, al principio del relato bíblico no vemos a Jonás orando a su Dios sino huyendo de él, pero ahora las circunstancias lo obligan a clamar a su Dios, a acordarse de aquel que había preparado de antemano salvación. Por cierto hermanos, ¿cuánto tiempo estuvimos esta semana rogando al Señor, adorándolo en secreto y comunión?, ¿cuánto deseamos el día de hoy para elevar nuestras oraciones comunitarias en nuestro culto de adoración al Señor?, ¿cuando no puede venir al culto, extraña y anhela este tiempo de estar con la comunidad del pacto en la Santa presencia del Dios del pacto?, me temo que las respuestas a estas preguntas no son muy alentadoras. Pero cuando viene el dolor por causa de la desobediencia, cuando viene la amargura que trae el pecado, entonces nos acordamos que tenemos un Dios al cual podemos clamar. Esto no debe ser así. Debemos clamar a Dios siempre, y no hacer solamente una oración en la angustia como vemos pasó con Jonás.

II. Ante la proximidad de la muerte

Lo segundo que vemos en esta oración es que fue una oración en angustia ante la proximidad de la muerte. En este caso al proximidad de la muerte generaba gran angustia y no paz y esperanza como la que expresaba el apóstol Pablo diciendo: *“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”*, Fil 1:21. Jonás veía un juicio sobre su vida y por lo tanto no experimentó la seguridad del salmista que expresó una vez, a pesar de sus faltas, cómo Dios encaminaba su vida y esperaba un día estar en su presencia, *“Me has guiado según tu consejo, Y después me recibirás en gloria”*, Sal. 73:24. La cercanía de la muerte para Jonás provocó

A. Un grito del alma

Se estaba hundiendo en el mar, no podía hacer nada para salvarse, solo sentía morir, sentía desfallecer, ni siquiera podía expresar con sus labios una adecuada oración, pero desde lo más profundo de su ser gritó a Dios, el verso dos de Jonás lo dice dos veces: *“Invoqué en mi angustia a Jehová”*, *“Desde el seno del Seol clamé”*. Antes había hecho una declaración de fe muy ortodoxa pero poco consistente con su actuar, veamos nuevamente Jon. 1:9; ahora de todo corazón, quizás sin pronunciar palabra alguna en medio del mar, a punto de ahogarse, con un grito del alma clama a su Dios, al Dios del pacto, al Dios de su salvación. Hermanos amados, Cristo fue angustiado, su alma fue angustiada por nuestra culpa siendo él totalmente inocente; al tener que llevar el pecado de todos nosotros, llevaría toda la ira de Dios, y se sentiría desamparado, y sin su eterna comunión, lo cual fue un tormento, lo que la iglesia de los primeros siglos consignó en sus primeras confesiones al expresar que Cristo *“descendió a los infiernos”*, Mt. 26:38-39. Pero Cristo llevó tal angustia para librarnos a nosotros, para darnos acceso con confianza al trono de la gracia, para que podamos encontrar en Dios, gracia para el oportuno socorro (Heb. 4:16), para que constantemente vayamos a su trono con confianza, para que no estemos afanosos por nada, sino que le demos a conocer a Dios nuestras peticiones con toda oración y súplica con acción de gracias (Fil. 4:6). Pero Jonás hizo una oración en angustia, elevó a Dios

B. Un clamor desesperado

Este *“clamé”* de nuestro texto en el contexto que se refiere nos permite entender que fue un clamor desesperado, una petición de auxilio con suma urgencia, un ruego de ayuda ante la gravedad de la situación que estaba viviendo el profeta, ¿y quién no lo haría en su situación?, ¿pero qué lo llevó a tal situación?, ¿no fue su mismo pecado, no fueron sus propias palabras?, Jon. 1:10-12. Mis hermanos, aquí debemos notar que es cierto que *“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.”*, Hech. 14:22, pero también se nos advierte: *“Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno”* (1 Pedro 4:15), es decir, no busques tribulaciones por terco, por desobediente al mandamiento de Dios. No esperes para clamar con desesperación a Dios cuando se te cierran todas las puertas, cuando estés a punto de perderlo todo, incluso tu propia vida, antes de llegar a eso clama al Señor. Pero si estás llegando a ello, aún hay esperanza, porque Jonás hizo una oración en la angustia,

C. Un ruego al que todo lo ve, y todo lo sabe en todo lugar

Jonás clamó desde su sepultura, el mar, y desde el vientre del pez, en el cual Dios preservó su vida, tres días y tres noches, en las profundidades del mar, *“Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez”*. Interesante notar que al principio el profeta tuvo una idea equivocada de Dios, y pensó huir de su presencia alejándose de la tierra de Israel, y de la comisión recibida por Dios (Jon.

1:3), pero ahora, lejos de todo y de todos, en las profundidades del mar, en el vientre de un pez, ora al Señor, a su Dios, que no se limita a una nación, o un lugar, porque no tiene límites, él todo lo sabe, todo lo ve, en todo lugar. Le tocó orar en un lugar extraño, el menos propicio para vivir o para orar, pero fue lo que Dios le preparó para salvarlo, y allí tenía que orar, y por fin así lo hizo. Quiera Dios llevarnos a orar en la comodidad de nuestra casa y nuestra habitación, pero incluso, si es necesario, que nos lleve a orar, a invocar su nombre por medio de Cristo, incluso en las situaciones que nos incomodan o no nos gustan, pero que nos lleve a orar, a volvernos él.

III. Oración escuchada por Dios

Finalmente, en esta porción de la oración de Jonás, se resalta que fue una Oración escuchada por Dios. ¡Maravillosa buena noticia!. Dios escuchó su oración, no tenía obligación alguna de hacerlo, pero lo hizo, porque era su Dios, el Dios de su pueblo, el Dios del pacto.

A. Quien oye la angustia

Quien sabe perfectamente lo que vive su pueblo, y está dispuesto a salvarlos siempre, eso fue lo que pasó con la iglesia antigua como señala el profeta Isaías, Is. 63:9, así mismo el rey David experimentó y proclamó en las mismas palabras que usó Jonás, Sal. 18:6. ¿Creen ustedes que Dios no había escuchado a Jonás antes, creen que no habría escuchado su oración si hubiese pedido gracia para entender y hacer la voluntad del Señor y haberse librado de tanta angustia?, no lo hizo entonces, pero gracias a Dios ahora sí lo hizo, ¿cuándo lo harás tú, cuando estés sumamente angustiado?, mejor empieza ya a invocar a Dios, a adorarlo y pedir su ayuda para vivir en su salvación y no en tus pecados. Clama al que escucha la oración de sus hijos, si eres hijo, a Dios que escucha con piedad, como cantamos en un himno, al Señor

B. Quien rescata de la muerte

Jonás experimentó la liberación de Dios, su rescate de la muerte, por eso oró diciendo: *“Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me oyó; Desde el seno del Seol clamé, Y mi voz oíste”*. Desde la tumba de donde nadie regresa, dice Jonás, clamé y mi voz oíste. Dios lo sacó de su sepultura, Dios no lo destruyó, Dios le dio vida, lo rescató de la muerte, Dios fue propicio a su oración. Recuerden que Cristo fue a la tumba en obediencia al Padre a diferencia de Jonás, pero antes que sucediera dijo que tendría que padecer y ser muerto, pero después de tres días resucitaría (Lc. 9:22), y así ocurrió, Dios no lo dejó en la tumba, y escuchó su oración, aceptó su sacrificio por ti y por mí, para librarnos de la muerte eterna (Hech. 2:24), Cristo también fui oído, y Dios lo levantó de la muerte y vive para siempre, y porque él vive, nosotros también viviremos, Jn. 14:19. Por Cristo tenemos seguridad de ser escuchados por el Dios de la promesa, el Dios del pacto, nuestro Dios, el mismo Dios que también escuchó a Jonás, incluso en su angustia, y fue rescatado de la muerte, porque en su bondad Dios es

C. Quien escucha la oración

Jonás dijo: *“Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me oyó; Desde el seno del Seol clamé, Y mi voz oíste”*. Jonás expresa gran gozo, porque Dios le oyó, Dios escuchó su voz. Y sabemos que fue por pura gracia, por pura misericordia, ni siquiera por su arrepentimiento, de hecho, no vemos en toda esta oración una confesión de pecado y petición de perdón y restauración, o por lo menos no se menciona, como sí se menciona el gozo de haber sido escuchado, de ser librado de la muerte. Aquí debemos reconocer que nuestras oraciones tampoco están libres de tacha, nuestro entendimiento no siempre es el más adecuado respecto a Dios y su verdad, pero por su gran misericordia Dios nos oye, gracias a él tenemos su Santo Espíritu nos ayuda y lleva nuestras oraciones al Padre celestial,

Rom. 8;26-27. Pero la centralidad del verso que estudiamos hoy, que quiero resaltar, es que Dios escucha la oración, incluso una oración en la angustia.

Conclusión. Jonás elevó una oración en la angustia, al Dios del pacto ante la proximidad de la muerte, al Dios que escucha la oración. Los ídolos de los marineros no pudieron escuchar los gritos de aquellos hombres, pero Dios oyó el grito del alma de Jonás. Hoy nosotros sabemos que somos escuchados únicamente por los méritos de Cristo, quien fue a la tumba por nosotros, pero resucitado al tercer día, para librarnos de la muerte, así como en cierta forma experimentó Jonás. el profeta perfecto, el sumo sacerdote tomado de entre su pueblo para darse por su pueblo, fue escuchado por Dios Padre, para asegurar a su pueblo su salvación, para asegurarnos que escucha nuestros ruegos y acciones de gracias, incluso una oración en la angustia. Roguemos que Dios nos ayude orar y agradecer a Dios por su salvación de manera consistente con lo que vivimos a diario, y que no tengamos que llegar a la angustia para hacerlo. Oremos.